La Sierva de Dios

Dolores Rodriguez Sopeña

1848-1948

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 1

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL
Biblioteca
ALMERIA

PÓRTICO

En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros...

Siempre fué la caridad distintivo de la Iglesia de Jesucristo. Siempre el ejercicio magnánimo y heroico de las obras de misericordia la hizo conocer y amar hasta por sus adversarios.

Pero nunca tanto como ahora la beneficencia de la Iglesia tuvo ese simpático matiz de caridad «social», de apostolado obrero, porque nunca se necesitó tanto como ahora suavizar las asperezas del ambiente.

Dolores Rodríguez Sopeña, de cuyo nacimiento conmemoramos el primer centenario, fué como la precursora en nuestra Patria de ese movimiento social católico dándole en su Obra una hermosa y tangible realidad por el acercamiento de las clases «para formar de todos una sola familia en Cristo Jesús».

Precursora en la idea, lo fué también en la forma: modela un Instituto de sólido espíritu religioso y lanza a sus miembros al apostolado sin hábito ni clausura, salvaguardados por un programa de conquista cuyas normas, bendecidas por la Iglesia, son el eco de aquel hacerse «todo a todos para ganarlos a todos» de San Pablo y de aquel «Ama y haz lo que quieras» de San Agustín, porque «el amor divino será la regla que resumirá todas sus reglas...»

Obra ardua, programa difícil. Pero para Dios ¿puede algo ser difícil? «...es Dios, Dios y sólo Dios el que lo ha hecho todo...» «toda la historia de nuestro Instituto está salpicada de verdaderos milagros». Divina es la inspiración que Dios mismo realiza.

Quiera El ponerle su sello definitivo haciendo resplandecer la santidad de la Fundadora cuyo Proceso de Beatificación quedó incoado el 3 de julio del corriente año en la Curia Episcopal Matritense.

Mientras tanto, vayan por el mundo estas páginas dando a conocer algo de la figura egregia y sencilla, religiosa y apóstol de Dolores Rodríguez Sopeña, dócil instrumento en las manos de Dios.

Madrid, diciembre de 1948.

ESTA OBRA NO SE PRESTA

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 2

LA SIERVA DE DIOS
DOLORES RODRIGUEZ SOPEÑA

La primera llama

R 8622-A

Alegre y luminosa es la villa de Vélez Rubio, en la región andaluza Parece participar del límpido cielo de Almería y de la frondosidad de la huerta de Murcia, las dos capitales que le dan acceso y que hoy la miran como un relicario. Vélez Rubio tiene un palacio que fué casa solariega de los señores de la villa y de sus contornos, los Duques de Vélez. Hoy los despojos del tiempo lo han convertido en una casona destartalada y semirruinosa, pero con vestigios de su pasado esplendor: recias puertas, arcos, amplios salones, dejan traslucir una grandeza y austeridad propia del siglo de oro.

Hace cien años no la habitaban los Duques, sino el joven administrador de sus heredades, D. Tomás Rodríguez Sopeña, que hizo allí un alto, antes de empezar a ejercer su carrera judicial para la cual no tenía aún la edad requerida. En la provisional morada le acompañaba su esposa, D.ª Nicolasa Ortega y sus dos hijos pequeños. Se llenó de alegría el hogar cuando el 30 de diciembre de 1848 el nacimiento de una niña les trajo las bendiciones del cielo, una niña que había de superar en nobleza a los grandes señores de aquel palacio ducal. Su madre quiso llamarla Dolores, por su gran devoción a la Virgen Dolorosa de los Servitas de Madrid. La niña fué entrando en la vida rodeada de mimos y caricias; era ya la soberana del hogar. Al despertar su espíritu, se halló entre horizontes de grandeza, como la mansión que la cobijaba. Desde entonces se adivina en ella lo que iba a ser el eje de su vida: un corazón ardoroso y apasionado y una voluntad de hierro. Un día, cuando sólo contaba cinco años, iba de viaje con su madre. En el coche oyó una conversación sobre cosas del mundo y su pretendida felicidad, presentadas con hermosos colores. La niña escuchaba con tan instintivo hastío que allí mismo tomó la resolución de consagrarse a Dios. Andando el tiempo no olvidó esta impresión, que fué la primera mirada de su alma a las cosas celestiales.

Había empezado para la familia del Magistrado una serie de viajes que correspondían a otros tantos ascensos. Durante algunos años fué peregrinando de pueblo en pueblo: Albuñol, Guadix, Guayos, Ugíjar, Sorbas y muchos otros. ¡Qué viajes aquellos! En diligencia, cuando eran por tierra llana; en mula, cuando subían a los pueblos de la Alpujarra. Las noches en las posadas; los días en largas caravanas, al paso mesurado de las mulas por los estrechos senderitos de la sierra..., toda la infancia de Dolorcitas se deslizó por aquellos pueblos.

Al cumplir los diecisiete años la encontramos ya en Almería, donde su padre había sido nombrado fiscal y gozaba de muy buenas

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 3

relaciones de amistad. La atracción que sin darse cuenta ejercía la joven, la introdujo en seguida en el rodaje de la vida social, con sus visitas, amigas, paseos y fiestas.

Comienza entonces a destacarse su gran figura. Entre sus amigas escogió Dolores como más íntimas a las que eran eco de sus propios

Palacio de Velez Rubio.—Diligencia.

sentimientos, y fué en ese tiempo su predilecta la bondadosa Araceli Núñez. Y fué no sólo amiga, sino la primera compañera de sus trabajos apostólicos. El recuerdo de esas correrías tiene un sabor de leyenda de oro. Están saturadas de alegría, de ingenuos sobresaltos, de inocentes audacias.

En un extremo de la ciudad existen varias calles formadas por cuevas hechas en la roca viva mirando al mar. Allí se refugian los más miserables de la población; son cuevas con más aspecto de guaridas que de habitación humana. Estas cuevas eran el paseo favorito de Dolores y de su amiga Araceli. ¡Cuánto afligía su corazón la miseria de aquella gente y la imposibilidad de remediarla! —¿No tenemos bastantes recursos? - pensó. Pues a buscarlos. Y su imaginación iba y venía con insistencia de esos pobres tugurios a la otra porción de la sociedad, a aquellos con quienes ella alternaba, los favorecidos de la

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 4

fortuna. Pensando, pensando, se le ocurrió organizar algunas fiestas de recaudación, para las que podía contar con la colaboración de uno de sus hermanos, y pusieron en escena algunas comedias. Esas representaciones fueron triunfos para Dolores, pero triunfos que la dejaban indiferente. Ella sólo pensaba en las necesidades que iba a remediar en sus queridas cuevas. Allá fué a dar en seguida el producto de sus afanes, agotándose rápidamente. Era preciso buscar otra industria para seguir socorriendo. —¿Qué hacer? — se preguntaban las dos amigas... Una idea luminosa cruzó por la mente de Dolores: ¡nos vestiremos de mendigas e iremos a pedir por las casas! Al atardecer de ese mismo día dos elegantes señoritas provistas de sendos paquetes entraban en el oscuro pórtico de la Iglesia de Santo Domingo, solitario en aquella hora. A los pocos minutos, por obra y gracia del contenido de los paquetes, salieron, no ya dos señoritas, sino dos mendigas con vestidos viejos y remendados, pañuelo en la cabeza, joroba y tez cobriza. Con esta indumentaria se lanzaron a recorrer la parte céntrica de la ciudad. ¡Qué de zozobras! Cada vez que encontraban personas conocidas les daba un vuelco el corazón. Para evitar que la voz las delatase, llevaban escrito en un papel el objeto de la petición. A pesar de los sustos consiguientes, ésta dió muy buen resultado y las dos amigas pudieron seguir socorriendo diariamente a sus enfermos. Un día se enteraron de que un pobre leproso vivía en unas cavernas separadas de la población, y sin pensar en el grave peligro a que se exponían ni en la repulsión que podía causarles, se lanzaron en busca de aquel desgraciado, deseosas de hacerle algún bien. Iban las dos solas, en el coche de Araceli. El leproso estaba en un cerro y junto a la carretera había una espuerta o capacho para que echaran limosna los que pasaban. «Nosotras nos bajábamos, dice Dolores, y hacíamos descender al leproso para hablar con él de Dios, de lo feliz que sería al estar echado de la población por su enfermedad y vivir separado del mundo, siendo sólo Dios su recompensa si se lo ofrecía todo a Él...» El pobre leproso se emocionaba y ellas se sentían gozosas de poder proporcionarle este consuelo. Se despedían hasta otro día y luego, cuando volvía a oir el ruido del coche el pobrecillo, gateando se dejaba caer cerro abajo para no perder ni un minuto de la visita.

Poco duró al pobre leproso aquél inesperado alivio. El cochero las delató a ambas familias y les fueron terminantemente prohibidas semejantes excursiones.

Sin dejar sus obras de caridad y celo, Dolores seguía frecuentando la sociedad, donde siempre era muy atendida y celebrada. Nadie hubiera sospechado que aquella muchacha, al parecer como todas, afligía su cuerpo con sogas y frecuentes ayunos, tan austeros cuanto podía hacerlos sin que sus padres lo advirtiesen.

Su madre la llevaba siempre a las visitas de las Conferencias de San Vicente, y cuando no podía llevar personalmente los bonos,

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 5

enviaba a Dolores con uno de sus hermanos pequeños. ¡Qué buena ocasión para dejar desbordar libremente de su corazón el celo que la oprimía! Ella misma nos lo cuenta así: «...cuando me dejaba sola, hacía de las mías: avisaba a todos los pobres, les reunía en medio de las calles (eran suburbios), acudían mujeres, hombres, impedidos, cojos, mancos, ciegos, chicos, y así formaba yo mi auditorio. Formaba mi sección de doctrina. ¡Cuánto gozaba en dar a conocer a Dios a esta pobre gente tan ignorante y que me oían con la boca abierta!... Yo me decía: esta es mi vocación. ¿Dónde habrá almas que se dediquen sólo a ganar muchas almas para Dios?».

En las antiguas colonias

El Sr. Rodríguez Sopeña había sido trasladado a la Audiencia de Puerto Rico. La familia quedó momentáneamente en Madrid. Y allí encontramos a Dolores el año 1869, dedicada a sus correrías de caridad en compañía de varias amigas. Iban al Hospital de la Princesa y a la cárcel. Todos los miércoles reunía a las presas para explicarles el catecismo y prepararlas a los Sacramentos. Oíanla con entusiasmo y no salían de su asombro al ver que una jovencita como ella dejase las diversiones del mundo por ir a visitarlas. No terminaba allí su labor con las presas; les seguía haciendo el bien cuando recobraban la libertad. En el Hospital preparaba a los enfermos a bien morir y ¡cuánto sufría con los que no tenían idea de Dios, siendo imposible instruirles en medio de los dolores de la enfermedad! Y pensaba: hay Institutos Religiosos para todas las necesidades, pero ¿qué habrá para los que no han sido educados cristianamente y carecen de todo?... Y se ponía a soñar en alguna institución de apostolado ilimitado, que llegase a todos los corazones apartados de Dios y que nunca pudiese decir: con éste no puedo trabajar porque no entra en mis dominios.

La embargaban estos pensamientos cuando embarcó para las Antillas. Allá les esperaba D. Tomás, su padre, y una magnífica residencia que iba a ser frecuentada por lo más selecto de la sociedad portorriqueña. Al descender del barco la primera visita de la familia fué para el Sagrario de la iglesia de la Compañía de Jesús, situada frente a la casa que iban a habitar. Dolores, arrodillada frente al altar, se ofrecía al Señor para trabajar por su gloria en aquella tierra. En su recogimiento le pasó casi inadvertida la mirada del religioso que en esos momentos se hallaba en el confesonario. No le hubiera sido fácil adivinar la trascendencia que esa mirada tendría en su vida futura... Era el Señor que iba preparando los caminos y respondiendo a su oración.

Muy diferentes de sus amigas de España le parecieron a Dolores las jóvenes americanas. Las veía entregadas a toda clase de diversiones sin que la piedad vivificase sus corazones. La mayoría de ellas

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 6

habían sido educadas en Colegios de Nueva York, eran muy cultas, pero de su propia religión estaban ignorantes. Al buscar Director para su alma, dió precisamente con el confesonario de aquel Padre que la observaba el día de su llegada. Era el Rector, P. Goicoechea, que tenía fama de muy rígido. Le declaró ahora que aquel día había visto claro que Dios la enviaba para ayudarle en la salvación de las almas, y su primera recomendación fué que hiciera muchas visitas y que tuviese mucho trato social. Luego, en cuanto vió que esto se había conseguido, le ordenó invitara a todas las muchachas a una junta que había de celebrarse en su propia casa. Se trataba de sondear los ánimos para fundar una Congregación de Hijas de María. Ayudada de sus amigas de mayor confianza, se puso Dolores a recorrer la ciudad haciendo visitas. En todas partes fué recibida con entusiasmo y la invitación aceptada, aunque ignoraban el objeto de la reunión. Cuando llegó el momento de la cita, les hizo el siguiente discursito: Que muy extrañada estaba de que en capital de tanta importancia no hubiese ninguna asociación de Hijas de María y que para remediar este mal les invitaba a echar las bases de la nueva Congregración que, a su modo de ver, convendría tuviese como Director al P. Goicoechea, etcétera. Más de una decepción produjeron sus palabras. Un silencio siguió a la arenga de la joven apóstol, ya que ninguna quería comprometerse. Y empezaron a brotar excusas: que esa asociación les obligaría a frecuentar los Sacramentos, que el rígido P. Rector tampoco les hacía gracia, que les prohibiría ir a bailes, teatros y diversiones... Dolores desvaneció los temores asegurándoles que la religión no prohibe frecuentar la sociedad, sino que enseña a conducirse en ella. Acabó por ganárselas a todas y aceptar, muy a pesar suyo, que la nombrasen Presidenta.

Al poco tiempo los señores de Rodríguez Sopeña pusieron día de recibo en su casa para obsequiar todas las semanas a sus amistades. Dolores se entristeció al ver que el mundo la iba a buscar a su propia casa. En cambio, el P. Goicoechea exclamaba: «Esto es providencial. ¡Cuánto bien vamos a sacar de los salones del Sr. Magistrado!» Y así fué. Los invitados disfrutaban mucho en esas reuniones tan animadas y concurridas, tan llenas de cultura y distinción. Pero más que ellos disfrutaba el P. Rector, previendo el fruto espiritual que de allí se sacaría. Al mismo tiempo, el ascendiente de Dolores sobres las muchachas iba creciendo y ya podía proporcionarles libros sanos e instructivos que fueran poco a poco apartándoles de lecturas frívolas o de dudosa moralidad. Cuando su influencia estuvo bien cimentada, resolvió organizar una Comunión general. Les propuso la idea y fué aceptada con rarísimas excepciones. El día de la Inmaculada se celebraría la Comunión, precedida de una solemne novena. Se encargó una hermosa imagen a Barcelona y en casa Sopeña se reunían las más distinguidas jóvenes para preparar guirnaldas y colgaduras, en medio de la mayor animación. La Asociación de Hijas de María ya había crecido

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 7

enormemente: a fines de noviembre llegaban al número de ochocientas, de todas las clases sociales. Pero el eterno enemigo de la Inmaculada no podía mirar este triunfo con indiferencia y promovió una gran borrasca. Al ver el entusiasmo de las muchachas, los señoritos empezaron a alarmarse; temían que esta explosión religiosa, de beaterío, como ellos decían, les iba a dejar sin tener con quien divertirse. Protestaron y amenazaron perturbar la función que se preparaba. El ambiente se puso desfavorable y hostil. Dolores no se acobardó e insistió suavemente. Y pidió a las jóvenes que, sin hacer caso de alarmas, atendieran las mesas petitorias durante la novena, costumbre que no era conocida en Puerto Rico. Ella misma envió un elegante besalamano a todas las familias de la capital invitándoles a las funciones. Con gran satisfacción vió que acudían cada tarde a depositar su limosna en la bandeja hasta los más decididos enemigos de la Congregación. Pero eso no significó la derrota de los adver-

La sierva de Dios enseñando a las negritas de Puerto Rico.

sarios. Para la víspera de la Inmaculada estaba anunciado un gran baile en el casino: su objeto era hacer fracasar la Comunión general y hasta habían amenazado a las muchachas con hacerles el vacío donde quiera que se presentasen, si no acudían al baile. Ya

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 8

podían despedirse de la vida de sociedad. La noticia sembró el pánico entre las congregantes; sus familias tomaron parte, prohibiéndoles acudir a la Comunión. Mas Dolores, puesta su confianza en Dios, resolvió salvar la situación. Alentó a sus compañeras y les aseguró que si renunciaban al baile, la Santísima Virgen no dejaría de proporcionarles buenos partidos, algo mejores que aquellos danzantes que no se portaban ni como caballeros ni como cristianos. Y acabó por convencer a las familias que las dejasen en libertad. El triunfo fué completo. La tarde de las confesiones, nueve Padres durante más de ocho horas las estuvieron atendiendo. Dolores les ayudaba en la preparación y veía que muchas se acercaban por primera vez al tribunal de la penitencia y otras no lo hacían desde su primera Comunión, antes de ingresar en los colegios de Nueva York. Imposible dar idea de la emoción que sintieron todos esos corazones juveniles en la mañana del 8 de diciembre. La Comunión general fué presenciada por los enemigos que no se atrevieron a turbar el orden, sobrecogidos por la solemnidad del momento... Luego supo que el famoso baile no alcanzó a durar una hora por falta de parejas. Sin embargo, siguió la persecución durante varios meses valiéndose de periódicos e intrigas. No obstante la Congregación se iba arraigando cada vez más: las jóvenes se confesaban todos los meses y aun cada semana, y al cabo de algún tiempo no faltaron las que, movidas por vocación religiosa, ingresaron en diversos conventos. Las demás siguieron siendo atendidísimas en sociedad y formaron excelentes hogares.

Desde que puso el pie en Puerto Rico, nuestra apóstol deseaba ocuparse de las negritas, y en cuanto vió arraigada la Congregación de Hijas de María y que podía contar con ellas para esta obra de apostolado, les propuso el plan de trabajo. Por grupos recorrieron los barrios pobres invitando a mujeres de todas edades para reuniones dominicales en un hermoso local que habían conseguido. Con el fin de reunir fondos para esta empresa, Dolores organizaba funciones que tenían un éxito resonante. Y en casa de sus padres eran de tanto atractivo las reuniones sociales, que acabaron con los bailes del casino. Entre tanto, al P. Rector le parecía estar soñando: la alta sociedad cristianizada, el pueblo siguiendo el mismo camino... los hogares transformados... ¿Y el instrumento? Una jovencita a quien vió un día en adoración ante el Sagrario.

Cuando todo estaba encarrilado y parecía llegado el tiempo de coger el fruto a manos llenas, llegó el nombramiento del Sr. Sopeña para la Audiencia de Santiago de Cuba. La noticia cayó como una bomba en la sociedad portorriqueña. Dolores consolaba a las Hijas de María y les dejaba sus encargos como quien hace un testamento. Es el caso de consignar aquí que lo cumplieron: la Congregación celebró hace algunos años sus Bodas de Oro, y para conmemorarla pidieron a España la biografía de la fundadora.

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 9

El Señor en sus santos designios no permitía que Dolores disfrutase de sus obras ni dejaba arraigar en ninguna parte a la que debía tener «por convento el mundo entero». Su misión era sembrar, siempre sembrar, sin tasa ni medida por terrenos incultos y abandonados, sin aguardar la cosecha.

Llegó la familia a Cuba en circunstancias bien tristes el año 1873. Reinaba un cisma que afligió a la Iglesia, y por motivos políticos se expulsaba a los sacerdotes, se iban cerrando las iglesias y se suspendía el culto. Las almas piadosas, con una cautela como de catacumbas se avisaban sigilosamente en qué sitio se podía encontrar un sacerdote fiel que pudiera darles los Sacramentos. El único consuelo de Dolores eran sus visitas al hospital, donde desahogaba sus penas con una Hermana de la Caridad. Allí revivieron sus deseos de ingresar entre las Hijas de San Vicente, «ya que, como ella dice, eran las que más en contacto estaban con los ignorantes que no aman a Dios porque no le conocen». No dieron resultado sus gestiones.

En cuanto volvió la tranquilidad a la isla, Dolores empezó sus trabajos. Ya tenía tres amigas distinguidas, las Srtas. de Puncet; y una de ellas, Julia, se le había ofrecido para ayudarle. En seguida se pusieron a buscar almas, recorriendo los suburbios de la ciudad en visita de exploración. Invitaban a todos. Hombres y mujeres iban saliendo tras de ellas. Les reunían en una explanada entreteniéndoles con amena explicación de Catecismo. Los pobres celebraban muchísimo las anécdotas y cuentos de las señoritas y marchaban resueltos a no faltar el domingo siguiente, acompañados de sus familiares y amigos. Llegó día en que verdaderas multitudes se apiñaban para oirlas: de pie, sentados en el suelo o sobre piedras caldeadas por el sol. «Esta es mi vocación», se decía Dolores, y su corazón se dilataba al dar a conocer a Dios a esa infinidad de almas abandonadas.

El excesivo calor del campo obligó a las dos amigas a trasladar las reuniones a un magnífico salón que el Gobierno cedió graciosamente. Lo amueblaron con todo lo necesario para las clases y buscaron una Presidenta de posición. Esta era la esposa de un banquero, señora de grandes cualidades, pero que había abandonado el catolicismo cuando estuvo de colegiala en Nueva York. Tomó con entusiasmo su cargo y sin faltar ningún domingo oía las explicaciones de Dolores o de Julia. Al cabo de unos cuantos meses notaron que se ponía triste, y ella les confió la causa: era que al oirlas hablar de religión le habían entrado dudas sobre la verdad del protestantismo, y con la duda había desaparecido su felicidad... Muchas oraciones y sacrificios ofrecieron por ella sus nuevas amiguitas, le proporcionaron libros para que se instruyese y la pusieron en comunicación con un distinguido sacerdote.

Al llegar un nuevo Arzobispo, Dolores y Julia le invitaron a presidir una Comunión en la Catedral. Fué la Comunión primera de trescientas mulatas y negras de todas condiciones. La Presidenta obse-

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 10

quió a la concurrencia con un gran desayuno y sirvió a las humildes comensales con la mayor solicitud. Estas quedaban asombradas de verse atendidas por personas de tan alto rango. Antes de que se retiraran, al ponerse Dolores a escribir los nombres de las comulgantes, se acerca a ella la esposa del banquero, diciéndole: «No te olvides de apuntar la Comunión de vuestra Presidenta, que también es la primera».

Bien organizadas las reuniones de ese barrio, Dolores echa la mirada al otro extremo de la ciudad. Las mismas andanzas y trámites, los mismos medios para llevar almas a Dios. Así pensaba seguir extendiendo su Obra cuando la muerte le arrebató a su madre y D. Tomás resolvió volver a la Península.

Suburbios de Madrid

Volvemos a encontrarla en la Corte. En cuanto instala su casa, Dolores organiza su plan apostólico, no tan vasto como deseaba, por tener que atender a su padre, muy delicado de salud. Se limita a ir semanalmente al Hospital de la Princesa y a la cárcel de mujeres. Los domingos atiende a las Escuelas dominicales. Pasan seis años. En 1883 muere su padre. Entonces hace otro ensayo de vida religiosa, que fracasa. Su Director, al visitarla en el convento, le dice: «¿Todavía estás aquí? Creí se habría escapado por los tejados en busca de las almas... que las de aquí son muy santas». Este ensayo le sirvió para aprender los diferentes caminos por donde lleva Dios a las almas. Volvió a su casa y reanudó con entusiasmo sus obras de celo.

Viendo que el número de bautizos y matrimonios que legitimar era tan considerable, resolvió con su amiga Julia (la misma de Cuba, que se vino tras de ella) montar una oficina en toda regla. Allí se daban cita cada semana todos los que tenían algunos asuntos que arreglar. Ella tomaba datos y los tramitaba durante la semana. En aquella oficina también enseñaban la doctrina y preparaban a los Sacramentos. No eran menos de trescientos los matrimonios que se legitimaban al año. «Era quitar pecados a montones», decía Dolores recordando aquellos tiempos.

Entre su abigarrada clientela tenía nuestra apóstol una amiga llamada «Pepa la Cigarrera». La había conocido en la cárcel. Antes de lograr su libertad se le acercó un día muy apenada diciéndole: «Hermanita Dolores, pronto saldré de la cárcel, pero no me alegro, porque no la veré más...»

—Sí, mujer, iré a verte.

—«¿Qué va a ir? Nadie se atreve a ir donde yo vivo.»

—«Yo conozco hasta los suburbios más apartados de Madrid.»

—«¿A que no conoce el barrio de «las Injurias?» Si ninguna persona decente se atreve a pasar por allí. Casi todas las vecinas somos del «Saladero» (nombre que daban a la cárcel).»

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 11

«Pues yo te aseguro que seré la primera en visitaros».

A los pocos días cumplió la promesa.

En un arrabal muy apartado, a la bajada del Puente de Toledo, se encontraba el barrio de la Pepa. Una hondonada miserable, con corrales y patios rodeados de inmundas covachas donde vivían en horripilante consorcio la miseria y la inmoralidad. Un día, por las puertas sucias y medio derruídas, se asoman mujeres desgreñadas, con caras de asombro... «¡Parecen señoras ricas y decentes!—dicen—. ¿Qué querrán por aquí?» Mientras tanto una bandada de chiquillos harapientos rodeaba a Dolores y Julia. Apenas pusieron sus pies en el corral del «Cotarro» de uno de los cuchitriles salió una mujer dando gritos de alegría. Era la cigarrera que se precipitaba a su encuentro, en medio de la estupefacción de los vecinos. También aparecieron algunas otras caras conocidas de la cárcel. «Esta es nuestra vida, explicaba Pepa: robamos para mantenernos, nos meten en el «Saladero»; nos dan la libertad y luego nos enchironan de nuevo». Al salir las dos amigas se miraron con angustia, exclamando a la vez: «Bien se merece su nombre este barrio; es de injurias para Dios y para la sociedad. Mas, para nosotras, añadió Dolores, será desde hoy el barrio del Sagrado Corazón de Jesús».

En visitas sucesivas fueron obsequiados los del «Cotarro» con ropas y muchas otras cosas de esas que «quebrantan peñas». Helaba la sangre penetrar en aquellas ratoneras de tierra removida, adornadas de montones de trapos y papeles viejos. La cama de los más acomodados era un pedazo de jergón. Cada aposento servía para dos o tres parejas, sin que hubiera pasado por allí la bendición de la Iglesia. Era urgente reunir a las mujeres, domarlas un poco, enseñarles la doctrina y abrir una brecha en sus entendimientos y corazones para que algún día pudiera el Señor penetrar en sus almas. Así lo pensó Dolores y se puso a la obra. Pero ¡cuánto tuvo que pasar antes de llegar a eso! A veces desde lejos oían los gritos e insultos que se lanzaban unas a otras, las carcajadas estridentes, las bromas peores que los insultos... Algunas mujeres las miraban con indiferencia y no querían acercarse a ellas; otras, con caras de demonios, poniéndose en jarras, les gritaban: ¡«So brujas, traednos perras! Eso es lo que necesitamos y no consejitos y palabras dulces». Dolores, sin inmutarse, les daba un abrazo, diciéndoles con encantadora sonrisa: «Tú no quieres ser amiga mía, pero no importa; yo sí quiero ser tu amiga». La fiera quedaba vencida. Al fin, con mucha paciencia y con la gracia de Dios logró rendir a esas arpías. Las primeras reuniones se hacían en el corral mientras unas cosían y otras preparaban manojitos de tea. Luego el corral se hizo estrecho y se instalaron en la plazoleta.

Dos años trabajaron las dos amigas solas hasta que en 1887 empezaron a ayudarles algunas otras. A medida que conquistaba el campo Dolores sentía enardecerse su sed de ensanchar el apostolado. ¿«Y vuestros maridos»?, les preguntaba. «A esta hora duermen, porque

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 12

los pobrecillos trabajan de noche» (y hacían con la mano el ademán de robar). Gran trabajo le costó atraer a los hombres y como un triunfo logró reunir seis. A veces se hallaban jugando a los naipes y le decían: «Espere usted, D.ª Dolores, que terminemos este tute y bebamos un traguito en su compañía». Ella les esperaba con santa paciencia. Años después, comentando estos episodios decía la sierva de Dios: «Nada me costaba trabajo ofrecido por las almas... Los pobrecitos no aman a Dios porque no le conocen; son malos mientras no encuentran una mano que les ayude a levantarse».

Al cabo de un año de ir en busca de estas ovejas perdidas, acabaron por acudir todos a la cita. Para estimularles organizó una fiesta de premios. Se adornó uno de los corrales más amplios y todos acudieron ilusionados y con relativa corrección. Pero cuando llegó el momento del reparto y vieron que los premios eran de diferente categoría, según los méritos adquiridos, aquéllo fué..., ¡la de San Quintín! Sus cerebros no admitían proporciones: protestas, gritos, navajas, puños que se hubieran convertidos en revolución, si muy oportunamente, como dos ángeles, no se hubiese presentado la pareja de la Guardia Civil. Todo sirvió, sin embargo, para aumentar la clientela, y era preciso traer más apóstoles. Dolores las buscó entre sus amistades. Las que se atrevieron, al ver la calidad del auditorio, renunciaron a volver. Entre tanto llegó a oídos del Obispo de Madrid, don Ciriaco M. Sancha, lo que estaba haciendo Dolores en aquel suburbio. La mandó llamar y después de hacerle contar detalles de tan singular apostolado, muy interesado, le dijo: «Avísales que pienso hacerles una visita; que me esperen». Cuando ella les dió el recado la replicaron: «Dígale de nuestra parte que no le creemos, que nos parece es un grandísimo embustero, que nadie se ha molestado nunca en venir a visitarnos, ni creíamos que existía Dios hasta que ustedes vinieron. «Pero eso de príncipes y sotanas, de ningún color, no las queremos». Mucha gracia le hizo al Prelado aquel mensaje. Insistió en su propósito y fijó fecha para la visita. Al volver Dolores con la segunda embajada, se convencieron, y sin perder un momento se dedicaron a confeccionar el programa. Todo había de ser espontáneo y sin que intervinieran en nada las señoras. Hicieron los pobrecitos una colecta para comprar papeles de colores y hacer banderas. Las mujeres por su parte, decían: «Nosotras pondremos en la mejor plazuela una tienda de campaña, bien *barría* y un sillón con dos *almuás* bien blancas, y nos parece que el señor no tendrá queja». Costó encontrar una sábana para formar la tienda. En el programa estaba un discurso del «Castelar del barrio», un obrero menos inculto, cuyas desordenadas costumbres le habían empujado hasta allí. Tenía aspecto extraño: melena y barbas largas y desgreñadas. Todas las noches, según decían las vecinas, pasó boca abajo en el suelo componiendo el discurso. También ensayaban algunas coplas, en las cuales hubo por cierto que suprimir no pocas estrofas. Llegó el día de la fiesta en medio de una

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 13

incontenible alegría. La multitud salió a esperar a su Obispo cantando las coplas salvadas de la censura con acompañamiento de guitarra.

Cuando apareció el Prelado, cayeron todos de rodillas sin dejar de tocar y cantar. El Sr. Sancha sonreía paternalmente y les bendecía... En desordenada procesión le condujeron hasta la tienda de las *almuás* blancas y le hicieron sentar. Subió el Castelar sobre una silla y empezó su discurso ante la expectación de la concurrencia que no quitaba los ojos del Sr. Obispo, como diciéndole: ¿Qué tal? ¿Ha escuchado Su Señoría muchos discursos como este? El orador terminó entre los brazos del festejado, que en él abrazaba a todos esos hijos del barrio de las Injurias. Muy cariñosas palabras les dirigió a su vez el Sr. Sancha y terminó pidiendo se pusiesen todos en fila para obsequiarles con medallas y monedas de plata. ¡Y aquí fué lo bueno! El solo anuncio del regalo les arremolinó de tal manera que por poco no se estropea toda la fiesta.

Visita del Cardenal Sancha al barrio de las Injurias.

Después de esta visita las Doctrinas cobraron tanto auge que Dolores se lanzó a establecerlas en otros barrios. Empezó por Cambroneras, compuesto en su totalidad de gitanos. Allí hubo que empezar por casarles a todos y bautizar a todos los niños. Luego siguió

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 14

por Casa Blanca y Casa del Cabrero. A la vez conseguía nuevas cooperadoras; su celo comunicativo lograba vencer la timidez de las señoras. Ya las plazoletas de los barrios se hacían pequeñas. Las trasladó al paseo del Canal. Cada señora se instalaba a la sombra de un árbol. Allí ponía el estandarte de la sección correspondiente y sus oyentes se sentaban alrededor. En estas escenas evangélicas Dolores veía realizarse lo que ella perseguía: almas a granel. El Sr. Obispo, satisfecho de su visita, se encargó de costear los premios y de repartirlos todos los años. También dispuso que la Obra se constituyese en Asociación y aprobó los Estatutos.

Durante ocho años había Dolores esparcido la semilla que ahora producía abundante fruto. En 1890 había organizado la primera misión en esos barrios. Se les dió en la Parroquia de las Peñuelas y fué famosa. A la Iglesia querían entrar todos en tropel, a empujones; los chiquillos lloraban asustados, los mayores se llamaban a gritos unos a otros queriendo cada cual tener a su lado un vecino de su gusto con quien continuar la charla. Muchos comentaban en voz alta lo que el Misionero iba diciendo y ninguna de las interrogaciones de la oratoria quedaba sin respuesta. «Vosotros cumplís con el precepto de oir Misa...», decía el orador, y antes de que pudiese proseguir, contestaban: «Yo sí, yo no, y ¡pobre del que se aventurase a decir una mentira! Cien voces le gritaban: ¡embustero! ¿qué vas a ir tú a Misa cuando ni sabes lo que es una Iglesia?» Las gitanas por su parte aprovechaban el rato jugando a los alfileritos y en medio de sus trampas *se trenzaban en acalorada riña. El desorden era mayúsculo, y sin* embargo la gracia de Dios no se escapaba. Los últimos días el auditorio estaba transformado: las verdades eternas habían conmovido a estas pobres almas ignorantes, y las confesiones fueron numerosísimas. En los años siguientes se dió la misión junto al Canal y el Señor Obispo nunca dejaba de asistir a la Comunión.

Hacía falta una Iglesia y locales para las reuniones a fin de evitar a esas pobres gentes y a las señoras las molestias del sol y de la lluvia. Sin contar con recursos, pero llena de confianza en la Providencia, Dolores los hizo construir en diferentes barrios. Quedaban atendidos las Injurias y sus filiales de la vecindad. Ahora tendió la red por Cuatro Caminos. Allí había extensas viviendas de traperos, sumidos en la ignorancia y el vicio. Los protestantes trataban de atraerlos y tenían un templo en medio del barrio. Empezaron las Doctrinas a la intemperie, pero muy pronto les hizo levantar un local. Luego fué al Puente de Vallecas donde se empezó junto a la Plaza de Toros. En este arrabal se daba cita lo más perdido del pueblo bajo de Madrid, y sus moradores vivían entregados a la borrachera y a la inmoralidad. Trabajo costó conquistarles, pero acabaron por rendirse. Se tocaba una campanilla por las calles y todo el mundo acudía a la Plaza de Toros. Al cabo de algunos años, Dolores pidió al P. Tarín les diese una misión al aire libre. A pesar de los augurios pesimistas,

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 15

el Misionero, que tan bien conocía el corazón del pueblo, les removió hasta el fondo. El último día los veintidós confesonarios diseminados por el campo se vieron sin cesar rodeados de gente hasta las altas horas de la noche. El P. Tarín envolvía en su manteo a los pobres penitentes para librarles de la llovizna que amenazaba convertirse en lluvia.

Urgía, pues, hacer una capilla y salones para reunirse. La Providencia siguió premiando la confianza de su apóstol, y de la manera más inesperada le proporcionó los fondos necesarios.

Esta Obra que nació pequeñita en el patio del «Cotarro» con Pepa la cigarrera es ya un frondoso árbol que envuelve con su sombra bienhechora a todos los suburbios de Madrid. Para las Sras. Auxiliares, poco a poco se habían ido organizando los ejercicios y retiros. Ahora al pueblo, con sus misiones y reuniones semanales, se le enseñaba a conocer y amar a Dios. Después, andando los tiempos y ahondando en el corazón del obrero, verá Dolores con pena que muchos huyen de aquel Dios que no conocen. Son la oveja perdida de la parábola y hay que darles a Dios sin mostrárselo; entonces tratará de adivinar sus aficiones, sus atractivos, para dárselos y en ellos darles a Dios.

Primera expansión

Cuando la Obra estuvo sólidamente organizada en Madrid vió Dolores llegado el momento de ir en busca de nuevas multitudes. Muchas trabas encontró para salir de la Corte: a las señoras que le ayudaban no les pareció bien y fomentaron la oposición; pero ella, lamentando el disgusto que causaba, veía claro que la voluntad divina era que siguiese por otros campos sus correrías apostólicas. El Padre Rabanal, S. J., le había propuesto ir a Sevilla y nada fué capaz de retenerla. Allá le iba a ser más difícil encontrar colaboradoras, pero el P. Tarín vino en su auxilio estusiasmando a un buen número de señoras que se alistaron para ayudarle. Sin tardanza se lanzó en busca de almas y las primeras reuniones se tuvieron en los mismos corrales de los barrios bajos, extendiendo las Doctrinas por todos los extremos de la ciudad. No tardó en organizar la Asociación en toda regla. Luego marchó a Jerez de la Frontera donde la llamaban con el mismo objeto. En seguida siguieron viajes a Sanlúcar, Cádiz, San Fernando, Lebrija, Toledo, Daimiel, Linares, Cuenca, Ciudad Real, Burgos, Almería, Barcelona, Málaga, Jaén, Badajoz, Mérida, Alicante, Guadalajara, Villanueva de la Serena, Camuñas, Bilbao y Santoña: 199 viajes en cuatro años. Donde quiera que iba, dejaba establecidas las Doctrinas y conquistaba auxiliares que las sostendrían durante su ausencia.

Las señoras que la acompañaban en la propaganda se sorprendían del ascendiente que ejercían sus palabras. Los obreros que al prin-

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 16

cipio la recibían con indiferencia y hasta con aire de contrariedad, terminaban joviales y agradeciendo la invitación. Ellas le preguntaban si tenía algún secreto mágico para cambiar los corazones, y Dolores con toda sencillez les contestaba: «Sí, los meto en el Corazón Divino y mientras yo les hablo al oído El les habla al corazón».

Muchas veces llegaba a las poblaciones sin ser conocida, sin séquito ni aparato de ninguna clase; pero a las primeras palabras se imponía, llevándose tras sí todos los corazones. El atractivo fué un don especialísimo con que Dios la enriqueció, don que ella sólo aprovechó para los fines divinos de su apostolado.

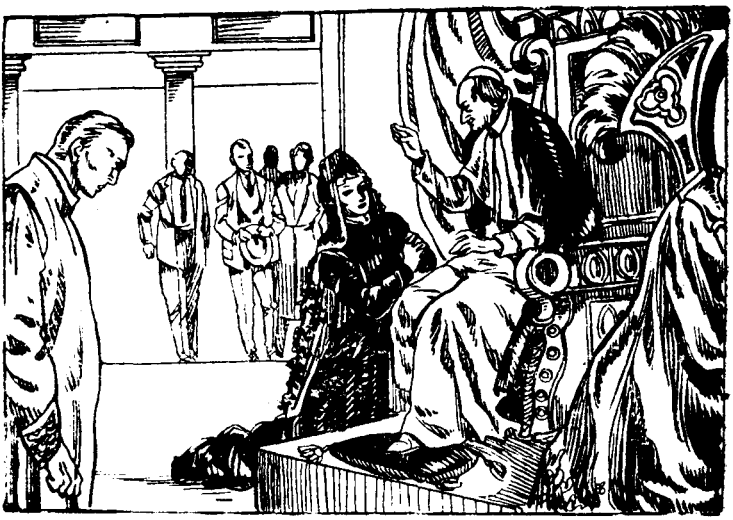
Mina riquísima de sacrificios y privaciones eran estos viajes. Ella los supo explotar en su ardiente anhelo de padecer por las almas. Muy diversos eran los hospedajes que se le brindaban: en algunas partes comodidades, atenciones, hasta regalo; en otras carecía aún de lo necesario. Una vez se hospedó en casa de unas gentes acomodadas, pero muy sencillas, de esas que viven en cariñoso consorcio con los animales domésticos como si fueran miembros de la familia. Le servían la comida en un patio que a la vez era corral. Los borricos se paseaban delante de la mesa con aire bonachón, como diciendo: ya se compadecerán de nosotros y algo nos tocará. Era verano y las viandas, de suyo poco apetitosas, en el trayecto de la cocina a la mesa llegaban envueltas en una nube de moscas. En los trenes su comida se reducía a pan y un poco de chorizo, o pan solamente. Prefería viajar de noche para economizar tiempo y aprovechaba esas horas de reposo para hacer su oración y demás ejercicios espirituales, dejando el día libre para sus tareas apostólicas. Muchas veces durante estas noches de viajes hacía el retiro del mes, y con el cansancio y la vigilia llegaba a la población a trabajar sin darse un momento de descanso. Y así siempre, un viaje eslabonado con otro.

El P. Tarín la llamó «la mujer de hierro». Era en realidad una voluntad de hierro puesta al servicio de un corazón de fuego. «Cuando veo con claridad, decía, que es voluntad de Dios alguna empresa, por difícil que parezca, no hay criatura alguna que me detenga para realizarla». A pesar de su asombrosa actividad, jamás permitió que ésta invadiera su vida espiritual. Sus trabajos no eran sino la superabundancia de su vida interior. No perdía la presencia de Dios ni en medio de los mayores trajines, ni con el continuo trato con personas de todas clases.

Todos los años hacía Ejercicios en Loyola, donde encontraba un oasis para su alma. Se sentía cautivada por el Santo de la mayor gloria de Dios y le tenía de intermediario para todo lo que deseaba obtener. En ese tiempo había en la Santa Casa una imagen de San Ignacio vestido con el uniforme militar, una pierna vendada y recostado en un sofá. Todos los años le dejaba Dolores una carta metida en la manga y parece que el Santo le contestaba siempre favorablemente. En esos tiempos de Ejercicios sentía aún más viva la voz que

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 17

la reclamaba para la vida religiosa, y contemplando aquellos campos verdes y tranquilos, abrasado su corazón en amor y celo, soñaba como sueñan las almas santas: con la gloria de Dios, con correr ella y muchas que la seguirían, por el mundo entero llevando a todos los hombres a la verdad y al Cielo. Este anhelo era su ideal y su martirio. En el tráfico de los más absorventes trabajos sentía la nostalgia del Convento. Cuando se hablaba de algún Instituto nuevo escuchaba con santa avidez, pensando: «Si se estará allí realizando esto que llevo dentro». Pero aún no había llegado la hora de Dios. En medio de sus ansias aparecía en el fondo de su alma una lucecita tenue... Le parecía que lo que vanamente perseguía fuera, lo hallaba dentro de sí misma. En sus apuntes de Ejercicios de 1899, escribe: «Veo, y todos los años veo lo mismo, en uno de estos caseríos pobre pero muy grande, a la sombra de la Santa Casa de mi padre San Ignacio, donde es tan puro el ambiente que se respira, veo formarse una congregación de misioneras»...



Audiencia de Su Santidad León XIII.

Cuando estaba en el apogeo de su carrera apostólica, en septiembre de 1900, recibió una carta invitándola a hacer un alto en el camino y dar a su alma un solaz largo tiempo deseado. En Sevilla se estaba

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 18

organizando una peregrinación a Roma, dirigida por el Arzobispo Excmo. Sr. Spínola, e instábanle a tomar parte. Pidió consejo antes de contestar y dijéronle que no sólo debía ir ella sino llevar algunas señoras de la Asociación y poner a las plantas de Su Santidad León XIII la Obra que ya él había bendecido en años anteriores. «Llegué a Roma, dice Dolores, con el corazón henchido de alegría»... Estaba realizando uno de sus más queridos sueños. Siempre había sentido un amor palpitante por la Iglesia e ir a Roma era ponerse en contacto con el corazón de esa Iglesia tan amada.

Después de hacer los peregrinos las visitas jubilares a las Basílicas, fueron recibidos en audiencia por el Soberano Pontífice. Ese momento superó en gozo a todos los demás. Hubiera querido tener luego una audiencia privada, pero por la aglomeración de peregrinos no le fué entonces posible. En cambio pudo hablar privadamente con el Padre General de la Compañía de Jesús, quien le Preguntó con mucho interés por la marcha de las Doctrinas y la dejó sorprendida por lo muy enterado que estaba de todo. «Diga a todos los que quieran oirla, le aseguró, que bendigo con todo mi corazón sus trabajos y que el Padre General está con usted». Al confiarle Dolores un secreto proyecto que maduraba para el porvenir, también se lo bendijo en nombre de Dios.

Nuestra peregrina no quiso dejar Roma sin hacer un día de retiro en el sepulcro de San Pedro. Iba a renovar su entrega a Dios y pedirle órdenes para el futuro. Todo el día lo pasó junto a la tumba del Apóstol en tan profunda oración que a nada humano podía atender, hasta el punto que hubo de sacarla fuera una de sus compañeras para que probase algún alimento, minutos que ella luego desploraba haber perdido. De este retiro sacó un gran propósito: el de no omitir sacrificio alguno hasta encontrar compañeras que se dedicasen por completo al apostolado, formando una congregación de misioneras. Junto a la piedra fundamental de la Iglesia dejaba enterrada la semilla del futuro Instituto.

Ya, realidades

¿Entraría su proyecto en los planes divinos? Esta idea traía muy preocupada a nuestra apóstol. Lo consultó con el P. Tarín y resolvió hacer los Ejercicios bajo su dirección. Seis señoras de las que le ayudaban en sus trabajos la acompañaron, empezándolos el 8 de febrero de 1901 en el Convento de las Esclavas del Sagrado Corazón en Sevilla.

Era jueves la víspera de empezarlos. Dolores se preparó haciendo la Hora Santa de once a doce de la noche. Era un ejercicio que practicaba desde muy joven, atraída por la soledad y tristeza que inundó el Corazón de Cristo en aquel trance de tanta amargura. Le parecía que en el Huerto encontraba su sitio preferido.

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 19

En esta Hora Santa memorable ofrécese «como víctima unida a la Víctima Divina». Y quiere correr en busca de otras víctimas que compartan y consuelen las angustias del Redentor; víctimas que traigan a Jesús esas almas que son causa de su tristeza. Y presentándole a las que en el trascurso de los tiempos habrían de seguir sus huellas, le dice: «Oye la voz de unas débiles mujeres, mezclada con la del ángel que te conforta. Aquí estamos dispuestas a dar vida por vida. Somos unas arenas, pero, ¿qué importa? si manejadas por la mano de nuestro Artífice Divino labrará con ellas los cimientos del edificio espiritual que ha de servir para levantar el espíritu religioso de las muchedumbres, de poblaciones enteras... Con rudos pescadores se formó la Iglesia..., con débiles mujeres se hará el renacimiento cristiano.. » En esta Hora Santa nació el soñado Instituto y nació para consolar al Redentor, salvándole almas por la oración, el apostolado, el sufrimiento. Dolores sentíase anonadada ante la grandeza de la misión que Dios le encomendaba, pero venía en su auxilio la gran fuerza de su alma: su confianza ciega en El que todo lo puede. Durante los Ejercicios hablaba de sus proyectos con el P. Tarín. Este, reconociendo que la empresa sería de mucha gloria divina, le insistía en las enormes dificultades que habría de encontrar en su camino.

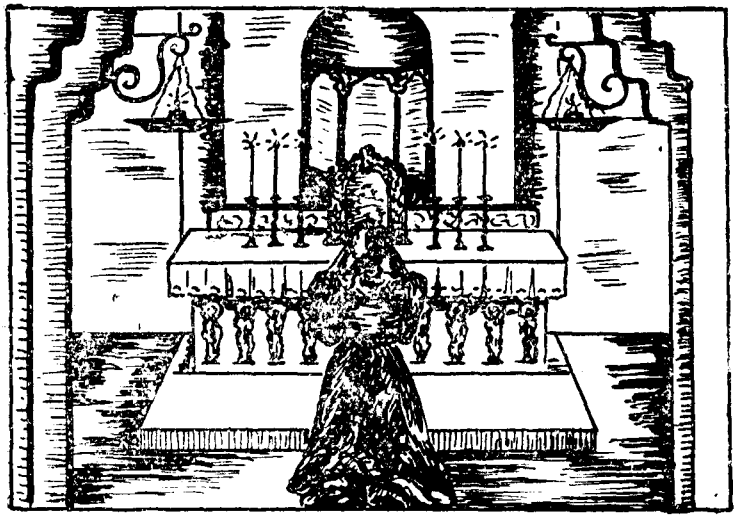
Finalmente, convencida de la voluntad de Dios, salió Dolores de los Ejercicios resuelta a buscar las primeras compañeras. Escribió a varias amigas y a ninguna le sorprendió la idea. Parecía que lo esperaban; como si estuviese en la mente de todas que las Doctrinas no podían quedar así en manos de una asociación seglar. Al ser consultado su antiguo Director de Madrid, el P. López Soldado, S. J., lo aprobó sin reservas. «Esto sí que es su vocación», exclamaba entusiasmado.

En sus apuntes escribía la futura Fundadora, que el fin único de estas religiosas será trabajar sin descanso por la gloria de Dios y salvación de las almas... Que irán por los pueblos y ciudades, en España y fuera de ella, hasta el fin del mundo en busca de almas. Que tendrán una celda donde estén resguardadas contra todos los asaltos del enemigo, celda que es el Corazón amantísimo de Jesús, y tendrán un convento muy amplio, que es el mundo entero. De manera que al ir y venir por las calles y caminos han de estar armadas del mismo espíritu de una religiosa de clausura cuando va y viene por los claustros de su convento.

Tres diferentes Prelados que se enteraron de la naciente fundación, le ofrecieron sus diócesis para establecer la primera casa. Ella aceptó la del Emmo. Cardenal Sancha, que ponía a su disposición el Cerro de Ntra. Sra. de Gracia con su ermita, situada en una altura que domina toda la vega de Toledo. La primera noche que Dolores y su compañera pasaron en la casita junto a la ermita no podían dormir de felicidad. Ella gozaba al verse rodeada de tanta pobreza. No había podido traer más capital que 25 pesetas, lo que alcanzó para

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 20

dos catres, dos sartenes, platos, patatas y huevos. Con esto y unas cosillas más pasaron los primeros días, ya que ni al Prelado ni a las señoras se les había ocurrido que algo podía faltarles. Mientras el Sr. Cardenal hacía el ensanche de la casa, Dolores se dedicó a recorrer los sitios donde tenía doctrinas. Al pasar por Burgos, el P. Aramburu, S. J., gran admirador de las Doctrinas, le dijo: «esto tiene que acabar en una cosa muy grande», y después de escuchar el proyecto de ponerles como base un Instituto, se le ofreció para dar Ejercicios en Loyola a las fundadoras. La idea fué aceptada y en septiembre de 1901 se reunían en la Santa Casa diez señoras ejercitantes, dispuestas a seguir la voz divina. Todas habían encontrado grandes



SEVILLA.—La Sierva de Dios en una Hora Santa Memorable

dificultades para desligarse de sus respectivos hogares, pero llegaron con gran puntualidad a la cita. Fueron días de absoluto silencio, en los cuales nadie comunicó sus impresiones, ni el mismo predicador hizo alusión alguna al motivo que allí las reunía. Sólo el último día, después de oir a cada una por separado declaró estar convencido de que la voluntad de Dios era que se fundase el nuevo Instituto y les indicó nombrasen a la que había de regir los destinos de la fundación. Ni que decir tiene que la voluntad unánime fué a favor de Dolores.

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 21

De modo que el 24 de septiembre, día de Nuestra Señora de las Mercedes, se levantó el acta firmada por todas.

El pequeño grupo marchó a Toledo. El 4 de octubre se dijo la primera Misa en la ermita y quedó el Santísimo reservado. El 31, fecha de la inauguración oficial, el Sr. Cardenal impuso a la primera Comunidad las insignias del nuevo Instituto: un crucifijo y un escudito de hierro y oro con el anagrama del nombre de Jesús.

Aquellos tiempos estuvieron salpicados de milagros. Era una mezcla de noviciado y de vida apostólica. Poco a poco se iban iniciando en la vida religiosa. El Prelado secundaba a Dolores haciendo instrucciones sobre los puntos más esenciales de la vida religiosa. Mientras tanto la Fundadora seguía viajando, aunque con menos continuidad que los años anteriores. Volvía de cada viaje con una nueva *palomita* —como llamaba a las novicias el Sr. Sancha— y era preciso agrandar el palomar.

El personal iba aumentando con rapidez. Cuando en enero de 1902 la Condesa de Casa Galindo le ofreció su casa solariega de Carmona para la segunda fundación, no hubo dificultad en aceptarla. En Carmona eran esperadas con gran curiosidad. «Parece que son monjas *con sombrero, que son señoras monjas*», comentaban las gentes, añadiendo las más fantásticas noticias. La inauguración fué solemne. Presidió el Sr. Arzobispo de Sevilla, D. Marcelo Spínola. Inmediatamente se organizaron las Doctrinas, la Asociación de Señoras, los retiros mensuales.

En 1903 se hizo la tercera fundación, en Santoña. Regaló la casa D.ª María Manjón que ya pertenecía al Instituto, y desde allí se atendían también las Doctrinas de Bilbao y Santander. Visitando un día el Penal del Dueso donde cumplen su condena los mayores criminales: «*¿queréis, les dijo Dolores, tener una madre?*» La emoción con que pronunció estas palabras llegó al alma de muchos reclusos. Un «Sí, queremos» resonó en el gran patio. Desde entonces una vez por semana se iba al Penal para la explicación de Doctrina, mezclada con anécdotas, que los presos comentaban luego durante varios días. En Navidad se les hizo fiesta de aguinaldos y para la primavera se preparó una misión. Entre esta nueva clientela había un catalán indomable en materia religiosa. «¡Con que nos va a traer un frailuco, D.ª Dolores!», le decía en tono de burla. Y desde el primer día se colocó lejos del púlpito en actitud hostil. Sin embargo, la palabra del *frailuco* y la oración de su nueva «madre» le fueron transformando de tal manera que el día de la Comunión final se acercó a ella y le dijo: «D.ª Dolores, cuando cometí el primer crimen, me dijo mi madre: «Arrepiéntete, confiésate y volverás al buen camino». No le hice caso. Hoy, después del segundo crimen, ha conseguido usted lo que no consiguió mi madre».

Desde Santoña inició otro apostolado, el de llevar tandas de obreros a ejercicios en Loyola. Algunas de ellas fueron famosas. Cada vez

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 22

procuraba no llevar menos de cincuenta obreros y de una calidad parecida a los del Penal, de esos que ponían la condición de no confesarse. ¡Y qué transformados volvían!

Desde 1900 estaban fundadas las Doctrinas en Barcelona. Ahora, cuatro años después, proponía el Marqués de Comillas una fundación en Sans. Aceptó gustosa la madre y mientras se arreglaba la casa se dedicó a buscar auxiliares y a la propaganda popular. ¡Cuánto gozaba visitando las enormes fábricas y cuando a la caída de la tarde veía desembocar por la calle una invasión azul: ¡los obreros con sus trajes de trabajo! Obreros tales como ella los deseaba: ni niños que tienen escuelas, ni viejos que pueden ir a los asilos, ni enfermos que se les espera en los hospitales, ni católicos practicantes que pueden alistarse en un Patronato o Congregación.

En la nueva casita tuvieron que sentir los efectos de la pobreza. «Mi alma gozaba lo indecible, decía Dolores, veía una fundación de las que yo soñaba. En las anteriores no nos faltó nada; aquí parecía que todo iba a faltar, y esto consolaba grandemente mi corazón, pues Nuestro Señor nos miraba como más suyas y nos regalaba con trofeos de su amor».

La Divina Providencia fué proporcionado lo necesario para alhajar la Capilla y muy pronto pudo venir el Sr. Cardenal Casañas a bendecirla en presencia de los Marqueses de Comillas y de muchas otras personas.

No es correr y sí volar...

El noviciado de Toledo estaba floreciente de vocaciones, que rivalizaban en fervor y buen espíritu. El Sagrario nunca estaba solitario y hasta por la noche no faltaba quien velase. A la vez se hacía vida apostólica yendo a los pueblos de la provincia, asistiendo a misiones y sobre todo ensayándose en las Doctrinas fundadas hacía años en Toledo. Tenían sed de perfección las novicias, pero la vida religiosa no estaba aún determinada. No sabiendo cómo desahogar su fervor, a veces discurrían cosas muy pintorescas, que hoy nos resultarían extravagantes. Vaya un ejemplo: dos de ellas idearon ir en viaje apostólico a un pueblo, como mendicantes, vestidas de aldeanas y llevando un borrico. Consintió la Maestra, pero con la condición de que primero se ensayasen yendo a buscar agua a la fuente de las afueras de la ciudad. Así lo hicieron. Disfrazadas con faldas de grandes pliegues, pañolón en punta y pañuelo en la cabeza, salieron con el burro y los cántaros. Llegadas a la fuente los llenaron, pero al pretender subirlos y acomodarlos en el borrico... ¡imposible!, se les caían los brazos. Descansaban un momento, repetían el intento sin ningún resultado, hasta que, dándose por vencidas, imploraron auxilio de un hombre que pasaba.—«¡Valientes mozas, exclamó sorprendido, no sirven ni para llevar el agua de la fuente!». A pesar de

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 23

este poco lucido ensayo se atrevieron a emprender el deseado viaje: Por los recodos más solitarios del camino iban cantando, rezando salmos en alta voz, con fervor de verdaderas peregrinas. Como no adelantaban gran cosa en su lento caminar, de pronto vieron que declinaba el día y aún se encontraban lejos del suspirado pueblo. No había más remedio que volver, ya que no se les permitía pasar la noche fuera. En una bolsita llevaban los libros de Oficio y de lectura espiritual. Esa bolsita misteriosa intrigó al guardia de consumos al

TOLEDO.–Cerro de Nuestra Señora de Gracia.

entrar en Toledo, y tocándola, sospechoso, preguntó: – «¿Qué lleváis aquí?».

–Libros...

–¿Vosotras libros?...

Y soltó una carcajada que quería decir: si no los empleáis para encender la lumbre no sé para qué podrán serviros.

Encantada estaba la Fundadora del espíritu de sencillez y alegría que reinaba en el noviciado. En las temporadas que pasaba en Toledo, así como se ocupaba maternalmente de cada novicia como si fuera la única, al mismo tiempo era rigurosísima en materia de observancia. Las animaba con su ejemplo y era siempre la primera

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 24

en los trabajos humildes. Por su parte el Sr. Cardenal Sancha le ayudaba en la tarea con sus instrucciones para el perfeccionamiento de las almas y con su interés por el bienestar de la casa. Como un padre cariñoso reunía a las novicias en el jardín, les llevaba dulces, les tiraba moneditas para que ellas las descubriesen entre las plantas...

En 1905, a los cuatro años de fundación, se cumplió el gran anhelo de la Fundadora de ver señalado su Instituto con el sello de la Iglesia. Recibió del Sr. Cardenal Secretario de Estado una comunicación con el decreto «Laudis», acontecimiento que en todas las casas se celebró con solemnes fiestas. En seguida fué nombrado Protector del Instituto el Emmo. Cardenal Merry del Val.

Otro anhelo de Dolores se cumplió este mismo año con el regalo de un caserío en el valle de Loyola, que le hicieron algunas de sus hijas. Hacía años que ella soñaba con tener un rinconcito para sus novicias a la sombra del santuario de San Ignacio. El Sr. Obispo de Vitoria les cedió la ermita de Ntra. Sra. de Olaz, junto al caserío, y él mismo quiso venir a inaugurar la pequeña fundación, en medio del júbilo de los vecinos de Azpeitia y Azcoitia que acudieron en tropel. Arcos de follaje, repiques de campana, cantos de alegría realzaron la solemnidad del día.

Al poco tiempo pedían a Dolores una fundación en Almería. Ella se resistía porque el Instituto había corrido demasiado en pocos años y era necesario detener la marcha y dar más tiempo a la formación. Hablando de esto, años más tarde, exclamaba: «Me parecía que nuestra Madre Inmaculada me reconvenía por no haberles dejado más tiempo para su formación; pero yo le decía: «Madre del alma, tu Hijo nos mandaba correr, que llegábamos tarde, y yo sola no podía...»

A pesar de todo las señoras de Almería interesaron al Cardenal Sancha y consiguieron se aceptase la nueva casa y que el Obispado les cediese una hermosa iglesia dedicada a la Sagrada familia. La fundación se inauguró con un triduo solemne en el cual predicaron los mejores oradores, entre ellos D. Alfonso Torres, antes de ingresar en la compañía.

Los Centros se abrieron en seguida. Es digno de contarse el siguiente episodio. Al terminar las clases se acercó a Dolores un hombre de sospechosa catadura y le dijo a modo de desafío: «Usted me ha inspirado confianza, quiero hacerle una pregunta: ¿qué significan estas reuniones?, ¿es cosa de curas y monjas?... Porque si es así no vuelvo más. Sé muchas historias de ellos. Hace pocos días se ha tirado una monja por la ventana de su convento». Y siguió diciendo en tono pedante uno de esos conocidos discursillos revolucionarios. La Fundadora escuchaba pacientemente aquella sarta de sandeces. Y el obrero concluyó así: «Pues sí, D.ª Dolores, en este mundo hay que hacerse justicia por sí mismo; así lo he hecho y me ha salido muy bien. Yo tenía una novia. Una vez me regaló unas castañas; a los pocos días me las encontró mi madre en los bolsillos y vió estaban

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 25

llenas de gusanos y de esas cosas que vuelven locos a los hombres. Era un maleficio de mi novia para deshacerse de mí, pues estaba queriendo a otro. Me callé. Fuí a su casa como de costumbre, le pedí un vaso de vino y en vez de beberlo se lo tiré a la cara. ¡Qué alegría cuando ví que la iba a dejar desfigurada para siempre! En seguida invité a mi rival a una taberna y eché en el vaso unos polvitos... Antes de las veinticuatro horas ya no estaba en este mundo». Con una carcajada acabó su historia, y luego, reponiéndose exclamó: «¿Pero por qué he contado a usted estas cosas que nunca dije a nadie?»... Había encontrado un corazón maternal para desahogarse y no le iba a pesar. Mientras tanto Dolores se decía en su interior. ¡bendito instituto que providencialmente se funda para atraer a estos pobrecitos tan completamente apartados de la Iglesia de Cristo! ¿cómo decirles lo que pretendemos, antes de tiempo?... Y a esto llaman nuestros enemigos trabajos laicos... Ese hombre jamás se hubiese acercado a una persona que vistiese hábito religioso. Este fué el comienzo de la conversión de aquel desdichado. A los pocos meses se confesaba por primera vez en su vida y se unía con su mujer legítima, de la cual estaba separado.

Otros asuntos de gran trascendencia ocupaban la mente de la Fundadora en aquellos años. Su instituto no tenía aún constituciones en regla. Lo que hasta entonces se practicaba eran sus primeros apuntes. Parecía urgente perfilar la vida religiosa y poner en forma estable su esencia. Deseaba la Fundadora que las reglas de San Ignacio le sirvieran de base para injertar su propio espíritu; pero emprender sola esa tarea le parecía superior a sus fuerzas, Buscó, pues, un consejero, acudiendo al R. P. Provincial de la Compañía de Jesús en Castilla y él le puso en contacto con el Rector de Loyola, P. Cesáreo Ibero. Cuando éste las leyó, dijo: «No debo tocarlas, mi único oficio será señalarle las reglas de San Ignacio que puedan servirle. Y así escribió ella todas las más fundamentales, que son el compendio de su propia vida. Habían pasado ya siete años desde aquel inolvidable retiro junto a la tumba de San Pedro, cuando en octubre de 1907 se encaminó a Roma la Fundadora. La llevaba el deseo particular de visitar a Su Santidad Pío X y de conocer al Cardenal Protector. Tanto el Seberano Pontífice como el Emmo. Merry del Val la recibieron con extremada bondad, deseando verla con más detención para hablar del Instituto. También el Cardenal Vives quiso que ella y sus compañeras fueran a visitarle con frecuencia y hasta las comprometió para que todas las tardes acudiesen a su residencia. En familiar conversación hacía contar a la Fundadora los frutos de la obra. Ella le refería los innumerables prodigios que había visto obrar a Dios sobre las almas. El Cardenal la escuchaba embelesado y decía que aquellos ratos le servían de lectura espiritual. Cuando ella habló de volver en seguida a España, la sujetó recordándole unas palabras de Pío X: «Extraordinaria es la obra y extraordinaria ha de ser su aprobación»,

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 26

e insistió en que hiciese traducir al italiano las Constituciones como trámite previo a la aprobación. Muy sorprendida quedó la Fundadora, ya que sus planes por el momento no llegaban a tanto. El caso es que, enterados los Prelados de España, mandaron sus informes encomiásticos, y el 21 de noviembre daba Su Santidad Pío X, el decreto de aprobación, una aprobación directa, sin pasar por las dilaciones de la Sagrada Congregación. No es para descrita la felicidad que inundó el alma de la Madre y la de todas sus hijas y el inmenso alborozo con que fué recibida la noticia en España. Su Santidad, al concederles una muy paternal audiencia de despedida, les dijo: «Si hasta aquí la obra ha dado copiosos frutos, desde hoy los dará multiplicados». Su previsión se cumplió tan ampliamente que, al año siguiente, cuando vino la Fundadora a darle cuenta, le dirigió Pío X, estas consoladoras palabras: «Te doy gracias por lo que has hecho, haces y harás. Estoy muy enterado de todo porque me intereso mucho. Necesito me escribas una relación de todo lo que hacéis. ¿Qué medio empleáis?» —«No en todas partes los mismos: estudiamos el carácter de cada región; pero el de siempre es ganarles primero el corazón para después llevarles con más facilidad a Dios, rodeándoles de beneficios». —«*Benissimo*, contestó el Padre Santo: los benbigo de todo corazón. La inteligencia es soberbia, pero el corazón no resiste... Me congratulo mucho de tu *buoníssima* obra, tendrás grandes consolaciones».

No hay duda que el Señor iba manifestando su predilección por el Instituto y su obra, predilección que hacía extensiva a la Fundadora, moldeándola en el molde de los santos: el sufrimiento. Todo lo que hemos relatado: fundaciones de casas, establecimiento de la obra, la gloriosa aprobación, el elogio de los Soberanos Pontífices, todo aquello que parece como una brillante carrera, estaba entretejido sobre una trama de amarguras íntimas, contradicción incomprensiones, censuras... tanto del campo enemigo como del propio. Sin embargo ella seguía impertérrita en medio de la diversidad de asuntos que reclamaban su atención y entre tantas preocupaciones nunca se la vió obrar con atropello. El afán de llevar almas a Dios no le hizo olvidar que la primera que debía cuidar era la suya. Si luchaba con las contradicciones de fuera, con más bríos, luchaba contra su propia naturaleza. Tanto empeño ponía en cumplir sus grandes deberes de Fundadora como en practicar las pequeñas observancias de la vida religiosa. Levantábase a las cuatro de la mañana, dormía en una colchoneta de paja, y a pesar de su mala vista, ella misma ordenaba su cuarto. Infundir en sus hijas el verdadero espíritu del Instituto era su constante preocupación: «Me veía, dice, con almas escogidas por Dios para columnas de un nuevo edificio espiritual y me hacía el efecto de un esterero que no sabe trabajar más que en esteras ordinarias y de pronto le ponen a trabajar en trabajos finos y delicados. Así me parecía a mí que el enseñar a las muchedumbres

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 27

a conocer a Dios era lo mío; pero formar las almas para apóstoles y mártires, que era como yo concebía a la perfecta catequista, ésto era lo difícil para mí».

Desde Toledo seguía visitando las Doctrinas establecidas en diferentes ciudades. Ya, desde 1904 iba notando que aunque el apostolado para mujeres continuaba muy floreciente, en cambio los obreros iban disminuyendo y los que perseveraban no eran de aquellos con que soñara Dolores. ¿Dónde está el obrero, se preguntaba con tristeza, ése de talleres y de fábricas, para el que se ha hecho más especialmente esta obra? Ya no acudían a las Doctinas; sólo iban por excepción. Es que la fe había surfrido una terrible batida en los últimos años. Las ideas socialistas y anarquistas sembradas desde hacía años en España y profesadas por los afiliados a las sociedades de resistancia, ahora se habían infiltrado en el pueblo, socavando las ideas religiosas. ¿Cómo iban semejantes obreros a asistir a unas reuniones llamadas «Doctrinas»? Sin amilanarse, la Fundadora resuelve remozar la obra, dándole un exterior atrayente y progresista. Ve que las escuelas nocturnas y las universidades populares están repletas en todas partes y resuelve ponerles clases según las necesidades de los obreros. Y a tal extremo llegó su deseo de satisfacer el afán de atenderles, que dispuso lo siguiente: «cuando alguno desee aprender algo que no sabemos, se ha de buscar una señora que sepa dar la clase, y si no se encuentra debemos estudiar para darla; pero nunca dejar marchar desilusionado a un obrero, porque es dejar escapar un alma».

Poco a poco fué remozando sus Doctrinas y fundando nuevos Centros. Y se llenaron los locales, a pesar de que hubo lucha. Los periódicos socialistas y anarquistas le atacaban y se proponían acabar con los Centros. Sin embargo, acudían los obreros, unos por curiosidad, otros con ánimo de derribarlos; y al cabo de algún tiempo salían ellos como otros Saulos derribados por la gracia.

Siguieron entonces las fundaciones de casas: una segunda en Barcelona y otra en Sevilla, fuera de los Centros de León y Gijón.

Con el poder de la gracia

Trece años hacía que Dolores saliera de Madrid, dejando fundadas aquellas famosas Doctrinas. Ahora su obra cubría toda España y ya no volvía sola; escudábala un vigoroso Instituto, introducido por el mismo Soberano Pontífice en el seno de la Iglesia. La Madre veía la enorme conveniencia de fundar en la Corte y se lanzó a la empresa. El Prelado, D. José María Salvador y Barrera, la bendijo de corazón. «Es maravilloso, decía el día de la inauguración de la casa, que sean unas delicadas damas las llamadas a emprender esta campaña, para cuya realización se necesitan energías de gigante; que

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 28

lleven la semilla del Evangelio a las masas minadas por los errores modernos y que ya se hayan palpado frutos tan admirables...»

En 1909 se abrieron Centros en el barrio de la Prosperidad y en el Obelisco. Fueron difíles los principios por lo revuelto de los tiempos. Acababa de pasar la «Semana trágica» y había sido fusilado Ferrer, lo que tenía en gran excitación a la clase obrera. Sin embargo, Dolores no dió oídos a los que opinaban debían suspenderse los Centros, alegando ella que «si una Hermandad de la Caridad huyese del sonido de las balas cuando está curando a los heridos, no se podría decir que cumplía con su deber; tampoco ella podía huir por temor de que algo le pasase...»

Durante unos tres meses permanecieron los obreros en actitud hostil, cantando la Marsellesa al terminar las clases. La juventud de la Casa del Pueblo se había encargado de acabar con los Centros. Pero a pesar de sus siniestras intenciones, encontraban en esas reuniones algo que les subyugaba. En Navidad, al ver les obsequiaban con aguinaldos, vitorearon por primera vez a las señoras, pero se despidieron cantando la Marsellesa. Ya era bien notable que habiendo roto esos hombres todos los fueros de la sociedad, guardasen el respeto y delicadeza con las señoras. Al hablar con ellas jamás se desmandaba ninguno ni en palabras ni en actitudes. Parecía que el trato en vez de disminuir el respeto lo hacía crecer. Era el poder de la gracia divina, la fuerza de la vocación que se extendía por toda la Obra. Los beneficios y la paciencia acabaron de ganarles y en el curso siguiente llegaron a ser estos obreros los mejores propagandistas de los Centros. En años sucesivos nuevos Centros se iban estableciendo en diversos suburbios. Algunos se componían casi en su totalidad de revolucionarios. Y muy pronto se empezó a recoger abundante cosecha espiritual. Un ex-presidente de la Casa del Pueblo, otro anarquista famoso, algún compañero de Pablo Iglesias, etcétera, volvieron al buen camino.

A la vez se inauguró en la casa de Madrid la odoración nocturna de señoras con damas de gran prestigio social, las que a la vez formaban la Junta Protectora de los Centros. La Reina D.ª María Cristina aceptó ser la Presidenta honoraria y luego recibió igual nombramiento la Reina D.ª Victoria. En 1914, en vista de que el trabajo se ensanchaba, fué necesario instalarse en casa más grande que se hizo de nueva planta, con magnífica capilla, grandes recibidores, cuartos para las señoras que hacen ejercicios o vienen a la adoración, etc., todo lo cual contrastaba con la austeridad de los departamentos destinados a las religiosas. El deseo de la Fundadora era que hasta el último granito de arena empleado en la construcción estuviese dando gloria a Dios hasta la consumación de los siglos.

Durante varios años se repartieron los premios a los Centros obreros en el Teatro Real, presididos por S. M. el Rey y toda la Real Familia. Al ver los obreros que la primera familia de España venía a

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 29

compatir sus alegrías y que los grandes, dejando butacas y plateas para ellos, se instalaban en el anfiteatro, sentían sus prejuicios vencidos, sus odios aplacados. El Rey se emocionaba y quería repartir él mismo algunos premios. Al despedirse, en una de esas fiestas, dijo a la Fundadora: «no puedo marchar sin felicitarla; ustedes trabajan por sus almas, pero a la vez me ayudan a hacer Patria. Tenemos que hablar». Y en la audiencia que siguió le dijo: «No puedo manifestarle mi admiración de otra manera», alargándole la Gran Cruz de Alfonso XII. Como la Madre la rechazase, añadió: «Creo es la más merecida que he dado».

Deseando el Rey prestar a la Fundadora su apoyo oficial en cualquier empresa que dependiese de los Ministerios, no tardó el de Instrucción en ofrecerle unos talleres y escuelas. Era una labor interesante, que fué aceptada, y resultó un manantial de muchas obras de celo. «Qué hermoso era pensar, dice ella, cómo para nosotras no hay límite, sino que lo abarcamos todo: los grandes y los pequeños, valiéndonos de todos los medios necesarios. ¡Ganar almas a granel!, ese ha sido siempre mi sueño; almas, y cuantas más, mejor.» «Yo no puedo vivir sin proyectos», decía, y su existencia fué una larga cadena de proyectos realizados para la gloria de Dios.

Al lado de la nueva casa había un terreno que pronto aprovechó para construir un edificio donde pudiesen acudir los obreros para sus asuntos particulares. Allí habría consulta de médicos dos veces por semana, salas para preparar a los sacramentos, diversas oficinas y un gran salón para celebrar veladas y darles conferencias. No tardaron en ser también trasladados a ese edificio los talleres, que convenía estuviesen en barrio céntrico. Aquí subió de categoría la clase de alumnas: ya no eran sólo hijas de obreros, sino de empleados y hasta de clase alta venida a menos. Era un nuevo sector de la sociedad que se ponía en contacto con la obra. Se iba completando el ideal de la Fundadora: «Nuestra misión es ganar pueblos enteros de ricos y pobres para Jesucristo». Esta era la definición más lata de su apostolado, expresada desde sus más tiernos años con aquella frase proverbial en ella: «¡almas a granel!» «No estamos, dice, para instruir al obrero sino para la salvación de todas las almas, de todas las clases». Cierto que se especializa con los obreros, por ser lo más urgente, y con aquellos que viven más lejos de Dios y mayor aborrecimiento sienten por la sociedad; y por lo tanto éste es el centro de su obra. Para ellos son las visitas a las cárceles, con sus conferencias y misiones; las escuelas para sus hijos pequeños o nocturnas para muchachas; los consultorios, la oficina de colocaciones, de socorros espirituales y materiales. ¿Y para la clase alta? Tandas de ejercicios, retiros mensuales, adoración nocturna y sobre todo la gran tarea de formar apóstoles de la gloria de Dios, auxiliares seglares para la obra que el Señor le ha confiado. Su celo abarca todas las edades y circunstancias. Roperos para señoras y señoritas y hasta una tierna asociación de

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 30

pequeñinas de tres a diez años que ayudan a la conversión de los obreros con sus oraciones y sacrificios.

Son grandes sus realizaciones, pero jamás han logrado apartarla de la convicción de su propia nada. ¡Tenía tan bajo concepto de sí misma! Y sin embargo de esta convicción de su nada, es magnánima en sus empresas y proyectos. Se cree *nada* y se alza invulnerable contra los obstáculos, no conoce la pusilanimidad ni el desaliento.

EN EL CENTRO OBRERO.—Conferencia en una Sección.

«Las dificultades me enardecen», decía. Eran motivos para aumentar su confianza, una confianza que nacía de su perfecta unión con la voluntad divina. «Cuantos menos medios humanos, más divinos» repetía; y delante del Sagrario lo arreglaba todo.

Con esa fe y confianza emprendió la construcción del hermoso noviciado de Loyola, junto al pequeño caserío de tanto recuerdos, donde habían vivido temporadas de santa intimidad en los primeros tiempos del Instituto. En esa casita, que es hoy un pequeño relicario, se conserva un famoso cajoncito «de los milagros», llamado así porque al vencerse algunos plazos de la construcción del nuevo Noviciado sin que hubiese dinero, se iba a buscar allí antes de pedirlo

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 31

a rédito. – «Yo quedaba anonadada, decía la Secretaria. La Madre me llamaba con alborozo»: «¡María! ¿de dónde ha salido este dinero? ¡Si no teníamos más que quinientas pesetas!» Una vez encontró en el cajoncito, como llovidas del cielo, once mil pesetas y otra ¡ciento setenta mil!

El nuevo edificio se inauguró solemnemente el 31 de julio de 1910, en presencia de los Excmos. Obispos de Astorga y Auxiliar de Madrid. Era un día de triunfo para la Fundadora que veía realizados los anhelos de tantos años, pero el Señor quiso fuese un triunfo sellado con el sacrificio, pues un fuerte ataque a la vista la había dejado esa mañana casi incapaz de tomar parte en la fiesta. Sin embargo dice: «Una acción de gracias se escapó de mis labios, pues aunque me hubiese dejado coja, manca y ciega, aún me dejaba un corazón para amarle y una lengua para bendecirle»...

Los últimos destellos

En noviembre de 1910 encontramos a la Fundadora a los pies del Soberano Pontífice. Había querido llevar a Roma algunos obreros de los Centros de Barcelona, de esos que presenciaron la semana trágica sin tomar parte en ella. Iban a hacer una firme protesta ante el Vicario de Cristo en nombre de los tres mil de los Centros que fueron ajenos a esos tristes acontecimientos. Eligió a tres obreros que en otros tiempos habían sido furibundos anarquistas. Les permitieron entrar con ella al Vaticano y hasta oir la Misa privada de Su Santidad Pío X. Los tres favorecidos se sentían sobrecogidos por la emoción y no separaban los ojos del Santo Pontífice, blanco de sus odios en otro tiempo. Después de un «Non sum dignus» inolvidable, se acercaron todos a comulgar de manos del Papa. Salieron encantados, diciendo que el corazón no les cabía en el pecho. «¡Qué grande es esto! exclamaban, ¿es posible que haya aún impíos?»... Como eran hombres inteligentes comprendieron muy bien la grandeza de los monumentos que la Fundadora les llevaba a visitar Un día en la Basílica de San Pablo estuvo largo rato de rodillas uno de los obreros. Después sollozando decía: «Yo soy otro Saulo, ¡si pudiera ser otro Pablo!».

Su Santidad Pío X les recibió con encantadora sencillez y escuchó muy complacido el mensaje que le traían. Y felicitándoles por pertenecer a los Centros, les animó a ser apóstoles de la doctrina de Cristo y terminó diciendo: «Te doy gracias, Madre General, porque me presentas las primicias de tu Instituto». Al salir, decía uno de los obreros: «Yo quisiera traer aquí a todos los anarquistas del mundo entero, pues estoy seguro de que al contemplar la humildad del Santo Padre se convertían».

En los años posteriores siguió yendo la Fundadora a Roma para dar cuenta al Sumo Pontífice de la marcha del Instituto, pero no una cuenta fría, sino la cuenta del hijo que considera suyos los inte-

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 32

reses del padre. Y así le iba enterando de las nuevas fandaciones.

Por esta época estableció casas en Valencia, Bilbao, Oviedo. Para la de Valencia tuvo que vencer las dificultades de la famosa ley del Candado, que cerraba el paso a los Institutos religiosos. Todo se solucionó con la entusiasta ayuda de las señoras. Los obreros, al oir hablar de los nuevos Centros, preguntaban si se admitirían republicanos, y se comprometían a llevar hasta al mismo Presidente de su Círculo. En Bilbao se contaba con muchas simpatías y la cooperación de las señoras que desde largo tiempo trabajaban en la obra y deseaban una residencia fija para que se atendiese más directamente a los obreros de Altos Hornos. En Oviedo, al poco tiempo de llegar fueron favorecidas por una generosa donante con una magnífica casa de nueva planta. Desde allí se extendió la obra hasta Mieres, junto a las minas. Un día en el Centro los mineros dijeron: «Señoritas no se atreverán ustedes a bajar a la mina...» ¡Y vaya si se atrevieron! Subidas en las vagonetas se internaron en el corazón de la montaña, en aquel mundo subterráneo donde bullía febrilmente la actividad humana. La tenue luz de las lámparas daba a los enmarañados pasillos un aspecto fantástico y medroso, produciendo una sensación de infierno. Los mineros, como hombres de carbón, hacían el efecto de fantasmas condenados a gol-

Ante S. S. Pío X, D.ª Dolores presenta al Padre Santo un grupo de obreros

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 33

pear eternamente aquellas negras paredes, golpes que el eco repruducía con siniestro son a lo largo de las interminables galerías. No fué pequeño el estupor de los obreros, al ver a sus visitantes, seguros sobre todo de que no iban por deporte sino por estar con ellos.

Alternando con el trabajo de los Centros, dedicaba la Fundadora su atención a las misiones. «¡Qué manera de trabajar en ellas! decía el P. Tarín; cambia las masas, y no son atractivos humanos; todo es de Dios. En 1912 recibió una carta invitándola para las misiones de Orán. Le contaban que sin salir de la capital se encontraría con 60.000 emigrados españoles y millares esparcidos por diferentes pueblos. A pesar de la multiplicidad de sus trabajos y de hallarse bastante mal de salud, se embarcó ella misma, acompañada de varias de sus hijas. Mucho fruto se consiguió. Se llenaron las iglesias para escuchar a los misioneros, a pesar de que gran parte de los oyentes jamás había entrado en un templo.

Por todas partes se iba extendiendo la obra como una red salvadora que recogía las almas para llevarlas al Corazón de Jesús. En El había encerrado la Fundadora todas sus actividades; a El había entregado su Instituto y El era la celda en que debían vivir sus hijas. Acabó por entronizarle oficialmente en todas las casas el año 1913.

El amor de Cristo había sido el móvil de su vida toda. Nos asombra ese correr incesante tras las almas, sin que ningún sacrificio la detenga. Lo que avasalla su alma y la hace correr y padecer y sacrificarse, es el amor divino. Y no bastándole amar a Dios solamente con su corazón: «Quisiera, dice, atravesar España de extremo a extremo y cruzar los mares buscándole almas para ensanchar su reino celestial». La mayor de todas sus preocupaciones era procurar la santidad para ella y para sus hijas. Y tenía tal fuerza su vida interior que las preocupaciones y trabajo no lograban alterar su paz, esa paz que nace de la perfecta unión con la voluntad de Dios.

Habíale regalado el Señor una cruz formada por achaques del cuerpo y penas del alma. Ya en 1914 padecía la enfermedad que había de sacarla de la tierra, la diabetes. Sin embargo ningún cambio introdujo en su modo de ser: ni moderó el trabajo, ni apagó la alegría. Miró la enfermedad como una preciosa escala que le alargaba el mismo Dios para subir a mayor perfección. Refiriéndose a sus dolores del alma, decía el Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, que tuvo ocasión de tratarla mucho: «...Yo no veía en ella más que una santa. Pero Dios iba cociendo aquel corazón a fuerza de sufrimientos y permitía que muchas personas sirviesen de yunque, sobre los que El la iba formando».

En 1914 se cumplieron sus ardientes deseos de tener casa en Roma. Al visitar al Cardenal Protector, sin que ella se lo insinuase, la invitó a establecerla y el 1.° de junio celebraba en ella la primera Misa el mismo Cardenal. A los pocos meses se empezó a trabajar en un barrio obrero. «¡Qué consuelo tan grande—escribe el 26 de junio de 1914—es morar en la ciudad de los santos, al lado del Vicario de

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 34

Cristo! Otra halagadora esperanza alienta mi corazón, y es que en esta bendita tierra que está regada con sangre de mártires se riegue también nuestro joven Instituto derramando hasta la última gota de la nuestra por defender los intereses de la Iglesia.»

Al morir Pío X, apenas fué elegido Benedicto XV, volvió a Roma a presentar el Instituto al nuevo Papa. En plena guerra, y con mil dificultades emprendió el viaje. Numerosos trasbordos, detenciones, registros y demás gajes de la guerra hicieron este viaje muy penoso. Llegó a Roma agotada. El Santo Padre la recibió en audiencia privada, inquiriendo con vivo interés todos los pormenores de sus apostolados y prodigándole sus paternales elogios y bendiciones. Fué el último viaje de la Fundadora a la Ciudad Santa, «¡su Roma querida!»

Ya había llegado a sus últimos años. Dándose cuenta de que el fin no estaba lejano, tenía prisa de ser santa y de que todas lo fuesen. Quería dejar bien impreso en sus hijas el espíritu neto del Instituto, y fomentarlo fué para ella como aquel «amáos los unos a los otros» del apóstol San Juan.

A fines de noviembre de 1917 marchó a Toledo para hacer los ejercicios. Iba mal. Apenas podía andar. Sin embargo hizo los ejercicios con el fervor de siempre, aunque ya no pudo casi anotar propósitos. Sólo leemos estas líneas en un cuadernito de apuntes espirituales: «Haré estos ejercicios como si fueran los últimos de mi vida y mi preparación para la muerte... Llevaré mi enfermedad con alegría, quiero consumir mi existencia en el fuego de tu amor...»

Muy desmejorada regresó a Madrid y hubo de guardar cama. Con altas y bajas llegó hasta el 24 de diciembre, día en que pareció agravarse, aunque conservando su fortaleza y buen humor. Parecía lanzarse pujante su espíritu a medida que su cuerpo se iba aniquilando, incapaz de contenerlo. No se le vió la menor señal de impresión cuando los médicos le dijeron que su estado era de suma gravedad. En seguida dispuso se le llevase el Viático y que lo hicieran con solemnidad. Lo recibió de manos del Prepósito de la Casa Profesa de la Compañía, P. Valera, a quien acompañaban el Secretario de Cámara y el Mayordomo del Sr. Obispo. En actitud de profunda humildad recibió la visita del Rey celestial y contestó a las preguntas rituales con un acento muy firme, que descubría su acendrada fe.

El 31 por la noche hizo reunir a todas sus hijas para bendecirlas. Mas queriendo quitar a la entrevista su aspecto triste, se propuso mezclar lo serio con lo gracioso haciéndoles reir un poco. Y les contó que había dado dos paseítos por el cielo, encontrando allí a todas las Catequistas muertas, a señoras, a obreros, muchos obreros; y que éstos le decían: «D.ª Dolores, ya estamos en seguro. Para esto era la vida, para esto los trabajos...» De pronto, poniéndose seria y con toda la vehemencia de su alma, dijo: «Que seáis santas, muy santas, y sobre todo que tengáis una confianza ciega en Nuestro

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 35

Señor. Yo tenía aver una alegría que no recuerdo igual en todos los días de mi vida. ¡Qué paz! ¡qué consuelo! Me pedía la explicación: ¿qué he hecho en esta vida? ¿por qué esta recompensa?.. No es más que la confianza con que Me has servido, la confianza que has tenido en Mí toda la vida. Te la recompenso en un día. Yo no he tenido nada, absolutamente nada, ni virtudes, ni méritos, ni cosas heroicas; sólo una confianza sin límites»... Después de bendecir a las que estaban presente, su recuerdo voló a las hijas ausentes y dictó a su Secretaria la siguiente carta: «Amadísimas hijas del alma, ¡qué hermoso es irse al cielo sonriendo!.. así le sucede a vuestra madre, que tiene el corazón lleno de contento en estos días, desde que veo próxima la hora de mi partida... Quiero enviaros mi última bendición de la tierra, pero desde el cielo os ayudaré siempre y os ayudaré más»... Les da detalles de esos días y les repite los consejos dados a las que le rodeaban. Parecía seguir mirando su persona, su enfermedad y su muerte como cosa secundaria. Lo importante era dar gloria a Dios hasta el último suspiro, gastar hasta el postrer aliento en cumplir con su deber y fortalecer a las depositarias de su espíritu. Los médicos se sorprendían al ver que con tan recios dolores pudiese mantenerse tan alegre. El Nuncio de Su Santidad Monseñor Ragonesi, decía: «Salgo consolado»... La Reina Cristina vino dos veces a visitarla sin previo aviso, presentándose sencillamente en la habitación de la enferma y no se marchó sin ponerse de rodillas pidiéndole la bendijese. Dijo la Madre un día: «Estoy más alegre que unas pascuas... si así se está a las puertas del cielo, ¿qué será dentro de él?»

El 10 de enero, al agravarse notablemente, acudieron los Padres Redentoristas que viven en la vecindad. Renovó los votos Vino luego el P. Valera, S. J., quien le repitió jaculatorias escritas por ella misma y las preces de los moribundos. Un *sí* fué su última palabra, respondiendo a la aceptación de la muerte. En ese *sí* exhaló el último soplo de vida. Fué el resumen de toda su existencia: un acto de unión de su voluntad libre y amorosa con la voluntad divina. Era el 10 de enero de 1918.

En cuanto se esparció la noticia de su muerte, una afluencia de gente incalculable, acudió a rezar ante sus rectos. Muchos llevaban objetos piadosos para tocar al cadáver. Anochecido se presentaban grupos de obreros, de vuelta del trabajo, contemplando silenciosos y emocionados los queridos despojos de la que tanto les había amado.

Al ver alrededor del féretro a representantes de los Reyes, miembros de la nobleza, muchachas de los talleres y obreros, sus predilectos obreros, no se podía menos de exclamar: Aquí está su obra toda.

Los obreros que la sacaron en hombros, tenían que abrirse paso entre la multitud que se apiñaba para tocar en la caja rosarios y medallas, y al llegar al cementerio besaban con emoción la tierra que había de echarse en la sepultura.

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 36

La postrera fundación le abre un continente

Pocos meses antes de morir, la Fundadora abrió con su propia mano la puerta de otro continente. No podía irse sin trasmitir a sus hijas el encargo de Jesucristo de recorrer el mundo enseñando su doctrina, sin dejarles en testamento sus ímpetus de recorrer el universo. La muerte la encontró marcando nuevas rutas.

Hacía cinco años que el Señor le venía preparando los caminos con hechos insignificantes, de esos que parecen casuales, para que atravesando los mares pusiera su tienda en la nación más austral de la América del sur, en la capital de Chile.

Era el año 1912 en Sevilla. Todas las tardes iba a la Capilla de las Damas Catequistas un señor extranjero de avanzada edad. Mudaron ellas de casa y siguió yendo aquel misterioso señor a su nueva capilla. El motivo de su simpatía perece haber sido el entusiasmo que aquel desconocido sentía por la obra que ellas realizaban entre la clase obrera... Este señor, como luego se supo, era hermano del Arzobispo de Santiago, D. Juan Ignacio González, a quien las dió a conocer a su vuelta a Chile. El Arzobispo sentía predilección por los obreros, su vida sacerdotal la había pasado entre ellos, y ya no pensó sino en procurarles lo más pronto posible aquellos Centros en los cuales cifraba sus esperanzas. Escribió a uno de sus Vicarios, que a la sazón viajaba por España, encargándole viese a la Fundadora y le manifestase sus deseos. Al cabo de algún tiempo, allanados los obstáculos, marcharon dos Damas Catequistas como exploradoras a estudiar sobre el terreno las condiciones del país y el ambiente que tendría la obra para su desarrollo. El 24 de septiembre de 1917, día de Nuestra Señora de las Mercedes, pusieron pie en tierra americana, desembarcando en Buenos Aires.

Cuando se encontraron en aquella magnífica capital y visitaron las enormes barriadas de obreros, comprendieron que allí también encontraría terreno abonado la obra de su Fundadora. A los pocos días, camino a Santiago, atravesaron la imponente cordillera de los Andes. Llevaban la primera semilla que iba a plantarse en aquellos países nuevos. En cuanto llegaron, el Sr. Arzobispo citó a junta a las principales señoras y les presentó la obra, pidiéndoles su cooperación. Desde ese momento la Sociedad de Santiago abrió de par en par sus puertas a las Damas Catequistas, acogiéndolas con el mayor cariño. Ayudadas por tan simpáticas auxiliares se hizo en seguida la propaganda obrera y se abrió el primer Centro. La clientela que iban a encontrar era justamente la más propia de la obra. Baste decir que en una limpia de subversivos que hizo el Gobierno en 1920, un buen número pertenecía ya a los Centros.

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 37

Para asegurar la estabilidad de la casa surgieron dificultades con la muerte del Prelado, que acaeció en 1918, sin que tuviera tiempo de dejarla oficialmente establecida. Mientras se solucionaban estas dificultades, las exploradoras marcharon a Buenos Aires a enterarse de las condiciones y facilidades que allí encontrarían, ya que se les llamaba con insistencia. Se alarmaron las señoras chilenas, temiendo ver fracasadas las ilusiones de tantos años. El Obispo castrense las invitó a una reunión para tratar del asunto. Esa reunión fué el termómetro del afecto que las profesaba la sociedad de Santiago. Comentó el Prelado la situación alarmante de la mentalidad obrera, llena de prejuicios contra las clases altas, el odio creciente entre pobres y ricos, etc., y por otra parte pintó la excelencia del nuevo apostolado, que era digno de todos los sacrificios. Y concluyó declarando que todos tenían una deuda: la de cumplir los compromisos del santo y llorado Arzobispo. «Esta reunión, dijo, tiene que ser el cimiento de una residencia para las Damas Catequistas. Yo deposito aquí mi óbolo», y quitándose su pectoral lo depositó sobre la mesa. A su lado, recogido y modesto, se hallaba el Rector del Colegio de San Ignacio que, poniéndose de pie, dijo con sencillas palabras que iba a ser el primero en seguir el ejemplo del Obispo, entregando el único objeto de que podía disponer: el crucifijo de su profesión. Entonces, en medio de la emoción general, se levantó una señora y arrancándose su collar de perlas lo entregó para rescatar el crucifijo del Padre. En seguida fueron apareciendo sobre la mesa anillos, pulseras y diferentes joyas, desprendimiento de las demás señoras. Luego ellas mismas siguieron recaudando fondos hasta lograr la compra de una hermosa casa, que fué ofrenda de la sociedad.

El 21 de noviembre de 1919 se hizo la inauguración oficial, precedida por un triduo con sermón de diversos Sres. Obispos y de Padres de la Compañía. La obra fué tomando gran vuelo: varios Centros de hombres y de mujeres, Casa social, policlínico, roperos, etc., todas las actividades que completan una residencia. Aunque la inauguración de esta casa primogénita de América se hizo después de los días de la sierva de Dios, su fundación fué dispuesta por ella con entusiasmo, con la intuición de que en aquellas tierras tan poco exploradas espiritualmente, su obra había de encontrar un desarrollo superior al de la Madre Patria. Y así ha sido: en tierras americanas se ha desarrollado con la fecundidad de las tierras nuevas. Muy pronto en lo que se refiere a Chile, las casas y centros se fueron multiplicando: los hay en Concepción, entre los mineros de Lota, en Viña del Mar, junto al puerto de Valparaíso, en la Cisterna (para la formación de nuevos apóstoles). Y por todo el país se recorren los pueblos y campos en trabajo de misiones, llegando hasta las regiones más australes, donde rara vez llega el misionero.

En Buenos Aires—la segunda fundación—encontró la obra un magnífico campo, millares de obreros y muy eficaz cooperación de

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 38

las clases altas. En Ecuador tiene la residencia de Guayaquil muy interesantes misiones a lo largo de ríos y montañas entre indios y criollos que viven sin asistencia religiosa. Igual trabajo tienen las casas de Quito y Ambato, donde además del apostolado industrial se encuentra el aliciente de las misiones de infieles. En Bogotá florecen los Centros a pesar de las revoluciones. En la recién fundada de La Habana se inician también las misiones entre los negritos y los del país. Es inmensísimo el campo de apostolado que se presenta en las misiones americanas. El Clero es escaso, las distancias inmensas, las tribus de infieles no tienen aún los evangelizadores que les hacen falta, ni los cristianos de las poblaciones poseen los recursos espirituales tan corrientes en España. Las misioneras empiezan allá su trabajo desde el día de la llegada, ya que no tienen que pasar años aprendiendo el idioma ni adaptándose a las costumbres. América es la prolongación de España, es la tierra que heredó su fe y su cultura y que hoy espera a unos apóstoles que sean émulos de los que emprendieron la epopeya de la Conquista.

«Desde el cielo os ayudaré más», dijo la Fundadora a sus hijas en el lecho de muerte. Y así es. Allá arrriba sigue siendo la Madre que forma apóstoles y mártires, que abre las rutas del mundo a su Instituto tan amado, señalándole los «mundos de almas», las «almas a granel» que, ya en las naciones civilizadas, ya en las regiones infieles, esperan a la Dama Catequista para conocer a Dios. Realización bendita del ideal entrevisto por Dolores cuando en 1901 puso los cimientos del Instituto: «Jesús en la Cruz derramando su Sangre... los hombres desperdiciándola y ellas recogiéndola en las vasijas de su corazón para ofrecerla a aquellas almas como única prenda segura de bendición». Llevar a las almas la Sangre de Cristo, tal fué el vivir de Dolores Rodríguez Sopeña, con el mundo entero por Convento y el Corazón de Jesucristo por celda.

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 39

ÍNDICE

	Págs.
La primera llama	1
En las antiguas colonias	4
Suburbios de Madrid	9
Primera expansión	14
Ya, realidades	17
No es correr y sí volar	21
Con el poder de la gracia	26
Los últimos destellos	30
La postrera fundación le abre un continente	35

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 40

Nihil obstat:
DR. ANASTASIUS GRANADOS,
Censor

Toleti, 29 martii 1949
Imprimatur:
† HENRICUS, CARD. ARCHIEP. TOLETANUS

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 41

Ediciones del Instituto de DD. CC.

EL PASAR DE UN APOSTOL.—Biografía de la Sierva de Dios Dolores Rodríguez Sopeña, por T. y R. Concha—Un volumen de 400 páginas.

LOS SIETE SELLOS.—Oración Fúnebre del R. P. Juan María Solá, S. J. - Un folleto de 44 páginas.

LA SIERVA DE DIOS DOLORES RODRIGUEZ SOPEÑA.—Folleto ilustrado de 40 páginas.

A GRANDES RASGOS (Noticia del Instituto fundado por Dolores Rodríguez Sopeña).—Folleto de 16 páginas.

HOJAS PARA OBREROS, sobre Dolores Rodríguez Sopeña y su Obra.

HOJAS DE PROPAGANDA de la causa de Beatificación.

ESTAMPAS, RECUERDOS, etc.

MI APOSTOLADO, revista mensual ilustrada.

Depósito en calle Francisco de Rojas, núm. 4

MADRID

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 42

Novena o Triduo para pedir gracias por la intercesión de la sierva de Dios

ORACIÓN

Corazón Sacratísimo de Jesús, que por salvar las almas sufrísteis por ellas hasta morir en la cruz. Por aquel ardiente celo que infundísteis en el alma de vuestra sierva DOLORES; por aquellos continuos trabajos y sufrimientos que abrazó gozosa por la salvación de las almas: os suplico me concedáis la gracia que os pido por su intercesión y al mismo tiempo os dignéis glorificar a vuestra sierva ante la Iglesia si tal es la voluntad de Dios.

(Pídase la gracia que se desea alcanzar.)

Padrenuestro, Ave María y tres Gloria Patri.

(PARA USO PRIVADO)

ORACIÓN

¡Oh Jesús! A tu Corazón confío la glorificación de la Madre Dolores, concediéndome esta gracia que te pido por su intercesión.

Mira a tu sierva fiel, y haz después lo que tu Corazón te diga: ¡deja hacer a tu Corazón!

¡Oh Jesús! ¡Yo confío en Tí, yo me entrego a Tí, yo estoy seguro de Tí!

Las personas que obtengan gracias pueden comunicarlo al Centro Directivo: Francisco de Rojas, 4.–M.ª B.ª Dip. Almería

(CON APROBACIÓN ECLES

AL-929-SIE-sie

EDITORIAL CATÓLICA TOLEDANA - Juan Lab

1003715

Diputación de Almería — Biblioteca. Sierva de Dios, La., p. 43